

LENE KAABERBØL
AGNETE FRIIS

una MUERTE
IMPERCEPTIBLE

Traducción:

BLANCA ORTIZ OSTALÉ



MAEVA

Prólogo

Norte de Hungría

—**I**GUAL ENCONTRAMOS una pistola —dijo Pitkin apuntando con el dedo hacia la garita de vigilancia que había junto a la entrada—. ¡Fiiiiiu!

—O una metralleta —sugirió Tamás justo antes de disparar con un arma imaginaria apoyada en la cadera—. ¡Ratatatatata-tatatata!

—¡O un tanque!

—No, los tanques se los llevaron —replicó Tamás en un arrebato de realismo de lo más inoportuno.

—Pues una granada —aventuró Pitkin—. ¿No crees que pueden haberse dejado una olvidada por alguna parte?

—Nunca se sabe —contestó su amigo para no terminar de aguarle la fiesta del todo.

Acababa de anoecer. Había sido un día pasado por agua y aún se respiraba la humedad en el ambiente. Si no hubiera dejado de llover, probablemente se habrían quedado en casa, pero estaban allí y, aunque todo aquello de las pistolas, las metralletas y las granadas no acababa de creérselo, Tamás sentía bullir la emoción en su interior como si su estómago fuese un enorme refresco de cola recién agitado.

Aunque el viejo recinto militar estaba vallado, hacía ya tiempo que el solitario vigilante nocturno había claudicado ante las hordas de traperos y ladrones de chatarra, y no salía de su garita —el único edificio que aún disponía de electricidad y agua—, donde pasaba las horas viendo la tele en un pequeño aparato en blanco y negro que se llevaba consigo todas las mañanas al acabar la guardia. Había llegado a abrir fuego contra

los hermanos de Rako, que planeaban robárselo, y eso con el tiempo le había hecho ganarse cierto respeto. En aquellos momentos vivían en una especie de coexistencia armada: los dominios del vigilante se extendían por la garita y zonas limítrofes; es decir, la entrada y la parte de la valla que daba a la calle, y por allí no asomaban la nariz ni los rateros locales más emprendedores. El resto era tierra de nadie, lo que significaba que cualquier cosa susceptible de desaparecer había, en efecto, desaparecido, aunque se tratase de la mismísima valla, de la que György Motas había robado largos tramos para cercar su perrera.

Tamás sabía perfectamente que las posibilidades de dar con algo de valor eran cada vez más reducidas, pero ¿y si tenían un golpe de suerte? Además, ¿qué hacer si no una cálida noche de primavera con los bolsillos vacíos? ¿Que Pitkin hablaba como un crío de ocho años? De acuerdo, pero tenía ya casi dieciocho y era fuerte como un toro. Tal vez encontrarán algo que aún no se habían llevado porque pesaba demasiado.

Se colaron por debajo de la valla. La cosquilleante sensación de estar en zona prohibida iba en aumento y Tamás no pudo reprimir una sonrisa. A su alrededor, como un decorado abandonado, se alzaban los desnudos muros de hormigón del comedor de oficiales, las duchas, los talleres y las oficinas. Hacía ya tiempo que puertas y ventanas habían ido a parar a destinos más provechosos, lo mismo que las vigas y las tejas, los radiadores, las cañerías, los grifos, los lavabos y los viejos inodoros. De los barracones de madera donde en su día durmieran los soldados soviéticos no quedaba nada más que los cimientos, el resto lo habían ido desmontando tabla a tabla. El edificio más grande, y también el más intacto, era el antiguo hospital, que con sus tres alturas descollaba por encima del resto del recinto como un castillo feudal entre casas de labor. Tras la marcha de los rusos, una organización humanitaria occidental lo había utilizado durante varios años como dispensario médico para atender a la población local, pero médicos, enfermeras y voluntarios también terminaron por desaparecer y los traperos se abatieron sobre el hospital como una plaga de langostas. Durante las primeras semanas salieron de allí auténticas joyas

—Attila encontró un armario de metal repleto de alcohol y Marius Paul vendió en Miskolc tres microscopios por casi cincuenta mil florines—, pero poco a poco el alto edificio fue quedando reducido a un mundo esqueleto de pollo al que ya no se podía sacar más partido. Aun así, hacia él se encaminaron los dos muchachos.

Tamás fue el primero en cruzar el umbral sin puerta y tuvo que encender una linterna para ver dónde ponía los pies. La luz de la luna que entraba por las claraboyas dibujaba tenues rectángulos azules, pero el resto del espacio estaba envuelto en la más densa, húmeda e impenetrable oscuridad.

—¡Buh! —gritó Pitkin.

A Tamás le dio un vuelco el corazón y su amigo se echó a reír entre los ecos del grito.

—¿Te has asustado? —le preguntó.

El chico se limitó a dejar escapar un gruñido. A veces Pitkin se pasaba de infantil, la verdad.

Todavía quedaban algunos restos amarillentos de linóleo en el suelo y un poco de pintura verde por las paredes. Tamás iluminó con la linterna el hueco de la escalera. Arriba, a lo lejos, se distinguía un retazo de cielo estrellado; de modo que las langostas ya habían empezado a dar cuenta de la cubierta. Al sótano no se podía bajar. Por algún motivo, los rusos se habían tomado la molestia de clausurarlo recurriendo al sencillo método de arrojar una buena dosis de cemento escaleras abajo, tanto allí como en el ala norte del edificio.

Pitkin echó un vistazo por el pasillo desierto. Luego le arrebató la linterna a su amigo, la empuñó como si fuera una pistola y se abalanzó hacia el hueco de la primera puerta.

—¡Alto! —gritó al tiempo que apuntaba hacia el interior de la sala vacía con el haz de luz.

—Chsss —lo reconvino Tamás—. ¿Es que quieres que venga el vigilante?

—Ese aquí no entra ni de coña. Estará roncando delante de la tele, como siempre.

Pero su tono de héroe de película de acción había perdido algo de fuelle.

—¡Eh! —continuó—. Ahí ha pasado algo...

Tenía razón. En su recorrido por las descascarilladas paredes verdes, la linterna iluminó una enorme grieta debajo de la ventana. Por el suelo había más cascotes que de costumbre, se había desplomado parte del techo y había quedado colgando una costra de yeso y de pintura. A Tamás le invadió de pronto la desagradable sensación de que el piso de arriba podía ceder de un momento a otro y dejarlos reducidos a relleno de un bocadillo de hormigón. Sin embargo, en ese instante vio algo que despertó su codicia.

—Ahí —ordenó—, enfoca hacia ahí.

—¿Hacia dónde?

—Hacia la ventana. No, más abajo...

Tal vez se debiera al deterioro o tal vez a uno de aquellos leves temblores que de cuando en cuando agitaban el café en las tazas; el caso era que el viejo hospital había avanzado un paso más hacia la ruina total. La grieta de la pared había hundido parte del suelo y este había caído al sótano, ese sótano que desde que los rusos lo cegaran con un inmenso tapón de cemento por cada extremo había sido territorio vedado.

Los chicos intercambiaron una mirada.

—Tiene que haber montones de cosas ahí abajo —dijo Tamás.

—De todo —asintió Pitkin—. Igual hasta una granada.

La verdad era que Tamás habría preferido encontrar unos cuantos microscopios como los de Marius Paul.

—Yo puedo bajar por ahí —afirmó—. ¡Pásame la linterna!

—Yo también quiero —protestó Pitkin.

—Sí, claro, pero habrá que ir de uno en uno, ¿no?

—Y eso ¿por qué?

—Mira que eres idiota. ¿Cómo vamos a subir luego si bajamos los dos al mismo tiempo?

Como no habían llevado ni cuerdas ni una escalera, al muchacho no le quedó más remedio que admitir que su amigo tenía razón, de modo que Tamás se sentó solo al borde del agujero irregular e introdujo las piernas con cuidado. Vacilaba.

—Date prisa. ¡Mira que si no bajo yo!

—Vale, vale. ¡Pero espera un momento!

No quería que Pitkin pensase que era un gallina, de modo que se adelantó un poco y se dejó caer. Nada más iniciar el descenso sintió una agudísima punzada de dolor en el brazo.

—¡Ay!

Aterrizó de medio lado sobre los cascotes que habían caído del techo, pero no fue el impacto lo que le hizo tanto daño.

—¿Qué pasa? —preguntó Pitkin desde lo alto.

—Me he cortado con algo.

Sintió que la sangre le iba empapando la manga de la camisa. Mierda, se había clavado en el brazo una astilla de veinte centímetros, justo debajo de la axila. Consiguió sacarla, pero cuanto más tiempo pasaba, más le dolía el largo corte que le había abierto la carne.

—¿Hay algo o no? —preguntó Pitkin, que ya había dejado de preocuparse por su amigo.

—Pues es que no veo nada, ¿sabes? Pásame la linterna.

Pitkin se echó al suelo y se la tendió a través del agujero. Por suerte, los techos del sótano no eran tan altos como los del resto del hospital y Tamás la alcanzó, aunque por los pelos.

Se dio cuenta de inmediato de que acababa de dar con una mina de oro. Tal y como esperaba, ya en la primera sala había de todo. Dos camillas con ruedas. Armarios de metal. Instrumental diverso, aunque no veía nada parecido a un microscopio. Radiadores, grifos y lavabos continuaban en su sitio, había vitrinas y estanterías repletas de libros, frascos y botellas, y en un rincón se veía una báscula como la que tenía el médico del colegio, con unos cilindros que se arrastraban de un lado a otro para ver cuánto pesaba la gente. Al pensar en lo que podrían sacar por todo aquello, si lograban llevárselo antes de que alguien más descubriera su hallazgo, se olvidó casi por completo del dolor del brazo.

—¿Hay armas? —preguntó Pitkin.

—No lo sé.

En el sótano aún quedaban puertas, unas pesadas puertas de acero que chirriaban al abrirse. Salió al pasillo y fue abriéndolas una a una al tiempo que iluminaba el interior de las salas que custodiaban. Una de ellas era un quirófano, no cabía duda, con

sus enormes lámparas colgando del techo y una mesa de operaciones de metal. Después seguía una habitación llena de vitrinas cerradas con llave. Al ver que todavía contenían frascos y cajas de medicamentos se le disparó el corazón. En función de lo que fuesen y lo bien que se hubieran conservado, podían ser aun más valiosos que los microscopios y el resto del instrumental.

Sin embargo, lo que lo dejó paralizado un buen rato fue el contenido de la habitación siguiente. Tanto, que a lo lejos empezaron a oírse los gritos impacientes de Pitkin.

Probablemente aquel armatoste había colgado del techo hasta que los temblores de tierra y el deterioro soltaron los gruesos pernos y se estrelló contra el suelo, resquebrajando las baldosas. Al caer, la esfera se había desprendido del brazo y estaba suelta, agrietada, rayada y pintada de amarillo; le recordaba levemente a las minas submarinas de las películas. Suave, muy suavemente extendió la mano y la tocó, con cuidado, con mucho cuidado. Le pareció que estaba caliente. No ardiendo, solo tibia, como la piel de un ser vivo. A pesar de los arañazos y del polvo, aún se adivinaba el letrero de advertencia en negro sobre amarillo.

Retrocedió varios pasos. La luz de la linterna era ya mucho más débil, debía de estar quedándose sin pila. Tenía que regresar al agujero mientras aún viera algo. De camino rompió el cristal de una de las vitrinas y, medio a ciegas, se hizo con varios frascos de pastillas. Pitkin gritaba de nuevo; a medida que se aproximaba al agujero distinguía mejor sus palabras.

El cerebro de Tamás funcionaba a pleno rendimiento. De repente podía ver el futuro, lo veía con tanta claridad que no le costaba hacer planes. Sí. Así. Y luego asá. Y si averiguaba...

—¿Hay alguna granada? —lo interrumpió su amigo, en voz algo más baja ahora que podía verlo.

Levantó la vista hacia el agujero. El rostro de Pitkin parecía una luna en medio de la oscuridad. Tamás sintió que se le dibujaba en la cara una extraña sonrisa involuntaria de oreja a oreja.

—No —contestó sin demasiado resuello.

—Y ¿entonces? ¿Qué es lo que has encontrado?

Tamás tomó aire.

—Algo mucho mejor —aseguró.

ABRIL

SCHOU-LARSEN LLEVABA una temporada pensando mucho en la muerte.

Al levantarse de la cama por las mañanas sentía cierta dificultad al inspirar, como si el hecho de respirar ya no fuese algo ordinario y natural. Requería un esfuerzo. Hacía ya tiempo, además, que el dolor en las articulaciones se había convertido en un ruido de fondo constante al que ya apenas prestaba atención a pesar de que lo agotaba.

Y tampoco podía protestar. Con un cuerpo –fuera de serie, por otra parte– que llevaba en funcionamiento desde 1925, cierto desgaste era de esperar. Además, lo que a él le preocupaba no eran los jadeos y el reuma en sí, sino lo que implicaban. Lo que le recordaban.

Observó al abogado que ocupaba el otro lado de la blanca mesa de reuniones, convenientemente pertrechado de expedientes y provisto de unas gafas a la última, sin duda.

–Quiero asegurarme de que mi mujer cuenta con todo el apoyo necesario cuando yo pase a mejor vida –explicó Schou-Larsen. Así había decidido llamarlo, pasar a mejor vida. Le parecía una expresión con cierto encanto que ahuyentaba una parte importante de la realidad clínica de la muerte y le evitaba pensar en pulmones encharcados, goteros de morfina y fallos multiorgánicos, en livideces y en sangre coagulándose poco a poco en arterias obstruidas.

El abogado asintió. Se llamaba Mads Ahlegaard y Schou-Larsen lo había elegido porque era hijo del Ahlegaard que le había prestado sus servicios toda la vida. Pero como Ahlegaard

padre ahora se dedicaba a trotar por los campos de golf de las afueras de Marbella, Schou-Larsen tenía que conformarse con la versión *junior*, menos digna de confianza.

—Te entiendo, Jørgen —contestó el joven Ahleggaard cabeceando de nuevo para recalcar sus propias palabras—. Pero ¿a qué te refieres exactamente cuando dices «apoyo»?

Schou-Larsen sintió que su frustración iba en aumento. ¡Si acababa de explicárselo!

—Siempre me he ocupado yo de todo —dijo—. De las cuestiones administrativas y económicas y de... bueno, de más cosas. Y se me había ocurrido que a lo mejor podríamos arreglarlo para que Claus... es decir, nuestro hijo... se ocupara de todo en el futuro.

El futuro. Otra bonita y optimista manera de llamarlo. El futuro... el inminente festín de los gusanos.

—Sí, es una suerte que tu mujer pueda contar con él.

Schou-Larsen sintió que se le tensaban los músculos de la mandíbula y de los ojos. Aquel jovencito en mangas de camisa que había al otro lado de la mesa, con la chaqueta colgada del respaldo de la silla como un colegial cualquiera, se negaba a entenderlo. ¿Qué edad podía tener? No más de treinta y cinco, desde luego. De lo contrario, ya habría aprendido que no a todo el mundo le agrada que lo tuteen y lo llamen por el nombre de pila.

—Ya, pero ¿y si no le consulta? Si simplemente... hace algo. No tiene demasiada experiencia en eso de juzgar a la gente. Además, es mucho más frágil de lo que cree todo el mundo. ¿No sería posible tomar ciertas... precauciones?

—¿Por ejemplo?

—Darle a mi hijo un poder. De ese modo, él quedaría a cargo de la parte económica y de todas las cuestiones relacionadas con la casa.

—Jørgen, tu mujer es una persona adulta e independiente. Además, la casa está a su nombre.

—¡Ese es precisamente el error!

Ahleggaard *junior* se ajustó las finas gafas rectas de titanio con un dedo muy bronceado.

—A mí me parece una medida muy inteligente que a ella le facilitará las cosas desde el punto de vista hereditario.

—¿Es muy posible, pero esa misma medida también ha facilitado, y mucho, que pidiera un crédito de seiscientos mil coronas que se ha gastado en un proyecto inmobiliario en la dichosa costa esa del timo, proyecto que, probablemente, no existe más que en las preciosas fotografías del folleto! ¿Es que no entiende que me preocupo por ella?

—Jørgen, creo que deberías hablarlo con tu mujer. A lo mejor Claus y tú podíais tener una charla con ella. Desde un punto de vista formal la casa es suya y puede disponer de ella a su antojo, y contra eso no hay documento que valga. A menos que ella misma sea partidaria del asunto del poder.

—No lo es —admitió Schou-Larsen. Por más que lo había intentado, no había logrado que su mujer lo escuchara.

—En ese caso...

La conversación había llegado a su fin, lo comprendió por el modo en que Ahlegard recogía sus papeles. Él permaneció tercamente sentado unos segundos más, pero solo consiguió que *junior* se levantara y rodeara la mesa para tenderle la mano.

—¿Quieres que Lotte te pida un taxi? —ofreció.

—No, gracias. He venido en coche.

—¿Ah, sí? Pues no es nada fácil encontrar aparcamiento por aquí.

El anciano se puso en pie lentamente.

—¿Quiere eso decir que no tienes intención de ayudarme? —preguntó con aire grave.

—Estamos aquí para ayudarte. No dejes de llamarnos si surge algo y concertaremos una cita.

Cuando salió a la calle, acababa de escampar. El peso de las gotas de lluvia inclinaba las verdes ramas de los arbustos sobre los senderos del parque de Kongens Have y las ruedas de los ciclistas arrancaban del carril-bici húmedos silbidos.

Tal como Ahlegard había comentado, no había sido fácil encontrar sitio en los alrededores de su despacho de

Gothersgade*, y cuando por fin llegó al aparcamiento de Adelgade donde consiguió estacionar su viejo y querido Opel Rekord le faltaba el aliento. Tal vez por eso no reparó en el Citroën negro.

—¡Eh, cuidado!

Sintió que lo agarraban por el hombro haciéndole tambalearse primero y luego caer hacia atrás. Quedó tendido en el asfalto mientras un reluciente neumático le pasaba a escasos centímetros del rostro. Las salpicaduras que levantó del suelo mojado le saltaron contra la cara como una lluvia de perdigones.

—¿Se encuentra bien?

No quedaba ni rastro del coche. Al levantar la vista se encontró con un joven sudoroso enfundado en un traje de ciclista de color verde chillón. Fue incapaz de contestarle.

—¿Quiere que pida una ambulancia?

El anciano sacudió la cabeza de un lado a otro. No, nada de ambulancias.

—Me voy a mi casa —logró decir al fin. Helle le estaba esperando y no quería inquietarla.

Se levantó, dio las gracias al fosforescente mensajero y sacó las llaves del coche. Una vez sano y salvo en el Opel, se sentó en el asiento delantero. No ocurría nada, dijo para sus adentros; después lo repitió una vez más, por si las moscas. No ocurría nada.

Sin embargo, de regreso a casa no podía dejar de pensar que podía llegar a ocurrir. No poquito a poco, a lo largo de meses o incluso años, no, sino en ese mismo instante, en un crudo segundo, aplastado contra el asfalto como un mosquito ahído de sangre contra el parabrisas.

Así también se podía pasar a mejor vida.

* En danés, las terminaciones «-gade» y «-vej» hacen referencia a nombres de calles. (*N. de la T.*)

–SI AL MENOS SE LO hubiese clavado con más fuerza, joder...

Nina miró a Magnus de reajo. Sonreía, sí, pero no con la mirada, y su intento de hacer un chiste negro había sido tan torpe como el resto de su enorme corpachón. La enfermera pensó que parecía cansado. Cansado, apagado y totalmente desprovisto de su habitual aureola de paladín sueco cabalgando por el campo de batalla a la caza de dragones, infieles y burócratas.

–Fíjate en las manos del juez –refunfuñó–. Si parece que las tiene de plastilina. No puede ni sostener el martillo. ¡Putos chupatintas! ¡Puto sistema de mierda! –añadió medio en danés, medio en sueco.

La última bocanada de aire salió de entre sus labios en un resuello furioso. Cuando se apoyó en el respaldo y se quedó mirando al techo con aire resignado, la endeble silla que ocupaba dejó escapar un crujido amenazador.

Nina lo sabía, los tribunales le producían ese efecto. No era la primera vez que veía a su jefe venirse abajo ante los más eminentes representantes de «el sistema», como él solía llamarlo. Le agotaba tener que luchar contra papeles y abogados.

La rabia de Nina, en cambio, era distinta. Permanecía latente e invariable en algún remoto rincón de sus entrañas.

Eran las 13.24.

Natasha llevaba una hora exactamente en la misma postura, los codos levemente apoyados en la mesa y la mirada de los llorosos ojos azules ausente. Solo las intervenciones de la intérprete

rusa, que esporádicamente interrumpían la verborrea danesa, la devolvían a la realidad por un instante. Llevaba ya casi siete meses en prisión preventiva y su hija Rina había regresado al campamento Kulhus, por el que deambulaba entre los demás niños como un espectro.

El sol que entraba por las altas ventanas del tribunal juguetaba con las diminutas partículas de polvo que flotaban suspendidas en las cálidas columnas de luz. La fiscal —una mujer enérgica y no muy alta, a medio camino entre los cuarenta y los cincuenta años, impecablemente ataviada con una falda azul marino, chaqueta y blusa a juego, un sutil colgante de oro y unas medias de nailon de color carne— estaba a punto de acometer su alegato final.

Nina levantó la vista hacia las molduras del techo mientras la fiscal iba enumerando lentamente los cargos y las pruebas. Como si hiciera falta. Como si toda la sala no supiese de sobra lo que había ocurrido.

—... acusada entró en una armería situada en Nordre Frihavns-gade, en el barrio de Østerbro...

Se sintió presa de una inquietud que, como un cosquilleo, la obligó a estirarse despacio y en silencio, como un gato. La lenta y monótona letanía de la intérprete rusa, que ocupaba un asiento junto a Natasha, se oía por debajo de la voz chillona de la fiscal.

—... y adquirió un Sterkth-1, un cuchillo de caza ruso con una hoja de veinticuatro centímetros especialmente diseñada para desventrar y desollar las piezas cobradas...

La enfermera se volvió e intentó captar la mirada de Natasha por debajo de su flequillo revuelto.

—... y con ese mismo cuchillo le asestó cuatro puñaladas a Michael Anders Vestergaard en el brazo, en el hombro y en la garganta.

No había miembro del personal de Kulhus que no supiera que aquel tipo era un cerdo y un sádico: había devuelto a Natasha al campamento tan destrozada de cintura para abajo que Magnus había tenido que recomponerla con aguja e hilo. Aun así, la joven ucraniana había aceptado todas sus humillaciones

para evitar la repatriación y solo perdió los nervios cuando aquel canalla tocó a su hija Rina.

Nina había testificado el lunes. También Magnus, el responsable de haber ingresado a Natasha en la clínica el verano anterior, después de que la joven mantuviera lo que la fiscal calificaba de «relaciones sexuales consentidas con un componente de dominación». El médico había descrito las lesiones de su paciente hasta el detalle más nauseabundo mientras la fiscal hojeaba distraídamente el historial clínico y dibujaba garabatos en los márgenes.

Sí, Natasha había accedido, o por lo menos se había resignado. No, no había presentado ninguna denuncia. Tampoco había comunicado a la Policía sus sospechas de que la víctima empezaba a mostrar interés por Rina. Lo que sí hizo fue ir a comprar un cuchillo cuando lo sorprendió con un dedo metido en las braguitas celestes de la niña. Después llamó a Nina, solo después. El final de la historia era más que predecible: como primera medida, la condenarían por intento de homicidio; premeditado, por supuesto, puesto que transcurrieron varias horas desde la compra del cuchillo hasta el momento en que lo clavó en la garganta de Michael Vestergaard, a escasos milímetros de un punto que habría supuesto un desenlace fatal. Mientras cumpliera condena, su solicitud de asilo avanzaría lentamente hacia su lógica denegación. A continuación, iría a parar a una cárcel ucraniana hasta el término de la pena. Rina malviviría varios meses, quizá años, de su infancia en el barracón infantil de Kulhus y después acompañaría a su madre a Ucrania. Todo resultaba tan asquerosamente imparables como la palabrería sin fin de la fiscal y el ruido seco de las hojas al pasar a medida que progresaba su alegato.

Vestergaard, que ocupaba un asiento algo más retrasado, llevaba una camisa de Hugo Boss desabrochada para no privar a nadie del espectáculo de las vistosas cicatrices rojas que lucía en el hombro y la garganta. Rodeaba con el brazo a una joven de piel oscura que a Nina le pareció sudamericana. En plena intervención de la fiscal, se inclinó hacia la joven y la tomó con suavidad de la barbilla. Ella protestó un poco, pero le sonrió mientras él le pasaba el pulgar por el labio y le corría el carmín por la barbilla.

Hacía ya rato que Vestergaard no prestaba atención.
Magnus siguió la mirada de Nina.
—Debería habérselo clavado con más fuerza —gruñó.

Cuando aparcó delante del centro de Cruz Roja del lago de Furesø, más conocido como campamento Kulhus, Nina aún sentía la rabia como una corriente eléctrica recorriendo su cuerpo. Había acabado el turno hacía rato, pero la tarea que tenía pendiente no podía confiársela a nadie más.

Permaneció en el coche unos momentos atenta al ritmo de su respiración. El sol de abril arrancaba suaves destellos a la tela asfáltica que cubría los barracones infantiles. Junto a la entrada, unas adolescentes de largas piernas desmañadas tomaban el sol en el césped mientras hojeaban una revista con desinterés. Nina sabía que una de ellas era etíope. A la otra no la había visto antes, pero a juzgar por la blancura casi azulada de sus piernas debía de tener un origen menos exótico. Otra chica del este de Europa que aún soñaba con el mundo occidental, probablemente. Se trataba de menores no acompañadas. En esos momentos, el campamento acogía a unos cincuenta niños más en los viejos barracones militares donde se alojaba Nina mientras su madre estaba en prisión preventiva. Se habló de buscar otro tipo de centro donde internarla, pero las protestas de Magnus habían sido de tales proporciones que al final las cosas se hicieron tal y como él quería.

—¡Por favor! —había gritado indignado—. A esa pobre niña la han arrastrado de acá para allá por todo el este de Europa para luego tenerla varios meses viviendo con ese perturbado. No conoce a nadie más que a nosotros en todo el país. Se queda aquí y se acabó.

Nina encontró a la pequeña, de siete años, en la sala de estar, sentada en un nuevo sofá rojo de Ikea. Estaba en medio de un puñado de muñecas Barbie medio desnudas de cabellos irremediabilmente enmarañados, concentrada en pulsar las teclas de un móvil viejo e inservible como si fuese un teléfono de verdad.

Cuanto antes terminemos, mejor, se dijo Nina mientras trataba de captar la atención de la niña.

—Bueno, Rina. Hoy he visto a mamá.

La pequeña se había mordido las uñas hasta dejar al descubierto la carne sonrosada de las yemas de los dedos, con las que tecleaba rítmicamente, como si la hubieran sorprendido en medio de un larguísimo *sms*. Nina apoyó con delicadeza la mano sobre su manita.

—Las cosas han salido como imaginábamos, Rina. Tendrá que pasar una temporada en una cárcel danesa y después volveréis a Ucrania.

Le habría gustado que la parte de Ucrania sonara como algo bueno y esperanzador, un futuro en libertad tras la condena, pero no lograba encontrar palabras capaces de hacer de Ucrania nada más que lo que ya era de antemano para Rina y su madre: una tierra de nadie gris, mísera y desolada.

Aunque Natasha nunca le había explicado a su hija por qué habían ido a Dinamarca, no hacía ninguna falta. Podía haber salido huyendo de cualquier cosa, desde la pobreza y el acoso político hasta la mafia y la prostitución. Razones no faltaban, de modo que para convencer a Rina de que Ucrania era el final feliz de la historia iba a hacer falta algo más que dulzura. La niña permanecía inmóvil con la cabeza gacha. Solo sus manos, aferradas al teléfono, temblaban ligeramente.

—Sé que no es fácil, Rina.

Nina se acercó un poco más. Ardía en deseos de llevársela en brazos y meterla en el coche, esconderla en su casa del barrio de Østerbro y cuidar de ella hasta... Eso, ¿hasta cuándo? Ni empleando todos sus recursos sería capaz de resolver una milésima parte de los problemas de la niña. Su madre no estaba con ella y eso no había forma humana de arreglarlo. Natasha había sido condenada a cinco años de prisión, un período de tiempo totalmente inconcebible para una criatura de siete años. Y si al final iba a parar a una cárcel ucraniana, era muy posible que los años en el barracón infantil de Kulhus acabaran convirtiéndose en la época más feliz de la infancia de Rina.

Apartó esa idea de su mente. Si las cosas llegaban hasta ese punto, tendrían que idear alguna solución. Si estaba en su mano impedirlo, la niña jamás terminaría en un orfanato ucraniano. Apartó con delicadeza un largo mechón de cabello del rostro de la pequeña y se lo pasó por detrás de la oreja. Tenía los ojos muy abiertos, pero velados. Como si ya no viera lo que la rodeaba.

—Vas a vivir aquí, Rina. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

La niña no reaccionó.

—Aquí se encargarán de que visites a tu mamá, de vestirme y de que vayas al cole, pero yo voy a venir casi todos los días a cuidarte.

Al fin la pequeña asintió, aunque a Nina no le quedaba muy claro si era porque la había entendido o para librarse de ella. Reculó en el sofá y empezó a vestir a una de las barbies con sus torpes deditos.

—Vale —dijo de pronto—. Está bien.

Nina consultó el reloj. Las 16.04. Aún le daba tiempo a hacer una visita rápida a la clínica. Se notaba que ella y Magnus habían pasado gran parte de la semana en el juicio. Cuando la secretaria y Berit, la otra enfermera, se quedaban solas, la gente iba hasta allí inútilmente; seguro que el papeleo se había acumulado.

Aun a sabiendas de que los demás niños del barracón infantil no estaban en mejores condiciones que Rina, Nina le pidió a la encargada de guardia que no la perdiese de vista. Luego cruzó corriendo el aparcamiento y subió por el caminito de losetas hasta Ellens Gård, el viejo pabellón de ladrillo donde se encontraban la clínica y las habitaciones de los enfermos.

A media tarde, cuando la mayor parte del personal iba ya camino a casa dejando a las seiscientas almas de Kulhus abandonadas a su propia oscuridad, no solía haber demasiada vida en el campamento. Un grupito de hombres y mujeres hacían cola a la puerta de la oficina para recoger los vales de la cena, y de los cuartos que daban al pasillo salía un murmullo de voces y el llanto ahogado de algún niño. Si los días allí transcurrían

entre apáticos y estancados, las noches en cambio eran un hervidero de inquietud. La cena se servía a las seis en punto, tras lo cual la oficina echaba el cierre y los empleados volvían a la civilización. Tan solo un par de vigilantes se quedaban a patrullar los pasillos para asegurarse de que pakistaníes, indios e iraquíes no se mataban unos a otros en el transcurso de la noche. Las pocas mujeres solas que había se escondían y las familias con niños se atrincheraban en sus habitaciones con el televisor al volumen justo para apagar los gritos de los borrachos y las constantes peleas de los vecinos.

Por las tardes se aguardaba la llegada de la noche.

La clínica estaba cerrada, lo que quería decir que Berit ya se había ido a casa. Pegado a la puerta había un post-it amarillo garrapateado con una letra imposible. La familia de la habitación 42 solicitaba la visita de un médico o una enfermera. Tenía el tiempo justo para ir a echar un vistazo si dejaba el papeleo para el día siguiente. Aquella familia había llegado de Irán tres meses antes; la madre era médico, pero esas cosas en Kulhus querían decir bien poco. Allí el pasado se borraba y al cabo de un mes la gente apenas sabía atarse el cordón de los zapatos sin ayuda. No era la primera vez que lo veía.

Al llegar, Nina encontró la puerta de la habitación 42 entornada. En el cuarto no había más luz que el parpadeo de un televisor con un concurso a todo volumen. Dos niños estaban literalmente pegados a la pantalla mientras la madre, sentada al borde del lecho familiar, acariciaba la frente de su marido. Una sonrisa preocupada le iluminó el semblante al ver a Nina en el umbral.

–*Headache again* –dijo señalando hacia el hombre que yacía en la cama con los ojos cerrados y la respiración entrecortada–. *I think maybe meningitis.*

Nina acercó una silla y llevó la mano hasta la frente del enfermo. Seguía sin fiebre. Ya la habían llamado una semana atrás. En esa ocasión aseguraban que era un tumor cerebral, pero Magnus dijo que se trataba de una simple migraña.

La enfermera le apretó la mano.

–*Nothing serious. Please. Don't worry.*

La mujer sacudió la cabeza, vacilante.

—*You have the pills the doctor gave you? Did you take them?*

—Sí —murmuró el marido resignado—. *I take them.*

Nina permaneció un rato a su lado. De pronto se le ocurrió que tal vez debiera buscarse otro trabajo, un trabajo que no la hiciera sentirse como se sentía en esos momentos. Cuando había que tratar el miedo a morir a fuerza de analgésicos es que algo no andaba bien.

Se obligó a esbozar una sonrisa convincente.

—*See you tomorrow, ok. Don't worry. Everything is just fine.*

La mujer no contestó y la enfermera sabía muy bien por qué: era posible que su marido no tuviese meningitis, pero aparte de eso nada estaba *Ok* ni iba bien, y mientras Nina se iba a comprarle unas botas de fútbol a su hijo, la noche no tardaría en caer sobre Kulhus. Agachó la cabeza y cerró la puerta con fuerza al salir.